

de los Reyes de Francia é Inglaterra se notificaban al Emperador de Alemania por medio de heraldos de armas á este fin mandados, segun las tradiciones y las usanzas de la antigua caballería. Para dar mayor aspecto feudal aun á este duelo, si los Reyes, en su provocacion, hablaban de asuntos políticos, de deudas atrasadas, de palabras no cumplidas, el Emperador en su respuesta hablaba de una dama nobilísima, por cuyas venas corre noble régia sangre, y que atribulada con toda suerte de tribulaciones, y caida en gran desamparo, necesitaba de un tan fuerte brazo como el suyo para prevalecer en su derecho y salvar su honor. Todos estos actos daban al asunto del divorcio un aspecto dramático, de tal suerte interesante, que se convertia en verdadera leyenda, donde brillaba como una reina, santa y mártir, la reina Catalina, acrecentando las dificultades interiores de la política inglesa. A los partidos parlamentarios uníanse los partidos cortesanos del rey Enrique y de la reina esposa y viuda á un mismo tiempo; á las dificultades económicas, ya de suyo graves, uníase la suspension del comercio por causa de la guerra con el Emperador que cerraba los puertos de Flandes; á la agitacion religiosa, natural en aquel tiempo de revoluciones en la conciencia, uníanse los decretos de Wolsey, el cual, para satisfacer al Papa, tiranizaba y perseguía de muerte á los herejes, y para satisfacer al Rey, ganoso de privilegios y de rentas, reformaba los monasterios menores y las órdenes pobres, disgustando así por igual á católicos y protestantes, que esparcian grave malestar en todo el reino. Precisa reconocer la situacion particularísima de Wolsey para explicar los actos contradictorios de su política. Quería satisfacer al Rey en la cuestion de su divorcio, pero quería tambien salvar al Papa de una revolucion religiosa en Inglaterra. Y para salvar al Papa en Inglaterra creía que lo mejor era satisfacer y halagar las pasiones del Rey. En efecto, Enrique VIII, tradicionalista por naturaleza, no ignoraba toda la importancia que para él tenia la union estrecha de la autoridad temporal de los reyes con la autoridad espiritual de los Pontífices. Gran amator de la gloria, su principal empresa literaria consistió en la refutacion de Lutero, lo cual uníale con la Iglesia. Por tales y tan poderosos motivos, á pesar de la vehemente pasion que hacía Ana Bolena sentía, inclinábase á la ortodoxia, huyendo de todas las tentaciones revolucionarias y evitando todos los rompimientos con Roma. Pero como antes

hemos dicho, ciertas pasiones se habian de veras introducido en su pecho y ciertas ideas se habian cuajado en su inteligencia, que le llevaban por necesidad á un disentimiento. Y á fin de darle á este disentimiento el menos color posible de revolucion, cayó en la secta de los humanistas, y citó á Lóndres al jefe de esta secta, al inmortal Erasmo.

Dentro de tal creencia, término medio entre la revolucion y la estabilidad, cabia el ataque á Roma, sin la separacion de Roma. La doctrina del gran Erasmo equivalia en el fondo á una evolucion que evitaba la revolucion. Doctrina enlazada con las tradiciones clásicas, imbuida en la filosofía griega, equidistante de la supersticion y de la incredulidad, flaqueaba por una falta grave para tiempos tan creadores como aquellos tiempos exaltados, por triste debilidad en la virtud que crea, por triste debilidad en la fe. Podrá el escepticismo asociar algunas voluntades superiores, atraer algunas inteligencias necesitadas de la crítica, servir como una escuela científica, pero no puede, no, descender hasta el seno de las muchedumbres y excitar á los grandes martirios que obran los verdaderos milagros, trasformadores de la sociedad humana y de la conciencia universal. En aquella Europa volcánica, donde cada tribuna se convertia en púlpito, la cátedra del pensamiento en altar de la divinidad, los sabios en reveladores, y en torno de cada orador se juntaba una legion que le creía cuasi sobrenatural y peleaba por sus ideas y moría por su causa tranquilamente, sin temor á la persecucion, anhelando casi el martirio, la idea, encerrada, como la idea de Erasmo, en las bibliotecas, sin el ardor de la fe, sin la fuerza del entusiasmo, sin las inspiraciones del apostolado que difunde las ideas por todas partes y realiza la verdadera propaganda, sin ninguna de las virtudes creadoras á cuyo espíritu se deben las grandes acciones, debía enflaquecer y morir allá en las nevadas cimas de las ciencias abstractas, las cuales, con sus filtraciones fecundan la baja realidad, pero son por sí mismas completamente inhabitables. Al buscar, pues, Enrique VIII la doctrina de Erasmo, buscaba una puerta de pronto escape, la cual le condujera léjos de la Iglesia.

Pero volvamos á la narracion tranquila de los hechos. Desarrollóse, por este tiempo, en Inglaterra, una enfermedad, bien rara por cierto, la cual consistia en vértigos y dolores de cabeza, á los que acompañaba un sudor de tal manera copioso que, en cuatro horas, acababa con el enfermo, como si lo der-

ritiese y liquidase. Por una rara coincidencia, al llegar á Lóndres, la enfermedad tocó á Ana Bolena, quizás la primer atacada. El Rey le habria encarecido mil veces su amor, le habria dicho quererla mas que á su vida; y sin embargo, en cuanto de su enfermedad tuvo noticia, la dejó sola, temiendo contagiarse, y se refugió de asilo en asilo á veinte millas de Lóndres. Pero no curaba solo el monarca de su salud temporal, curaba tambien de su salud eterna. Las aprensiones de próxima muerte animaron remordimientos de vida pasada, y le unieron por algun tiempo, mientras duró el terror, á la infeliz mujer de quien queria con tanta prisa divorciarse. ¡Ah! Si los pretextos en que fundaba la separacion, si esos pretextos, tan razonados en los libros del rey Enrique, brotaran de su corazon y de su conciencia, seguramente no apareciera de grado al pié de los altares, y para desarmar la cólera celeste, con la mujer, en quien creía encontrar tan solo una incestuosa concubina. Pero el miedo, que le tiranizaba, le volvió mas audaz, en cuanto pasaron los motivos de que habia brotado. Inmediatamente que la peste se alejó, apartóse de Catalina, disolvió la corte que tenia la hija de esta, hija propia suya, aumentó el tren y el lujo de su bastardo el duque de Richmont, y apretó á Wolsey para que acelerara la ida de Campeggio y resolviera el anhelado divorcio.

Por fin Campeggio llegó á Inglaterra. El Papa, que deseaba en esta cuestion los aplazamientos continuos, le envió á causa de su inteligencia y á causa de su gota. Quería Médicis que la inteligencia le sirviese á Campeggio para embarrullar el asunto y la gota para dilatarlo. En efecto, á cada poblacion de alguna importancia, tenia que detenerse, presa de dolores acerbos. El embajador de Inglaterra en Francia, para facilitarle comodidades y abreviar el viaje, mandóle mulas magníficamente enjaezadas y carrozas con tiros de primer orden. Así mas de treinta caballeros y muchas lanzas, acompañaron al cardenal desde Lyon hasta Calais. Al paso por Paris las molestias del viaje habian exacerbado los dolores con tal furia que le obligaron á precipitar la entrada por huir á los festejos y á los cumplimientos. Sin embargo, tiempo hubo para que la curiosidad de Francisco I escudriñase la conciencia del legado y el legado opusiese á sus preguntas una discretísima reserva. En vano le importunaban los agentes del cardenal y del Rey de Inglaterra para que precipitase su viaje; Campeggio iba con deliberacion á bien cortas jornadas; en vano le ofrecian á

manos llenas dinero, Campeggio no queria aparecer cohechado en su delicadísimo ministerio. Aunque habia el monarca enviado á su preferida Ana Bolena, con mal acuerdo, á la costa, como para mostrar á Campeggio la razon de su impaciencia, mandóla retirar en cuanto supo las reservas del cardenal legado, y se unió en apariencia mucho mas estrechamente con su mujer legítima, habitando en su mismo palacio, comiendo á su misma mesa, pero sin dormir en su misma cama.

El cardenal italiano prolongaba su viaje á medida que se dirigia fatalmente á su término. El veintidos de agosto llegó á Lyon y el treinta salió de Lyon. El diez y ocho de setiembre salió de Paris y no quiso salir de Calais hasta el veintinueve de igual mes. Llegó á Cantorbery el primero de octubre, y aunque se fijó para el ocho su recepcion, no pudo verificarla por causa de sus males, y se quedó en las cercanías de Lóndres. Su entrada en la capitalidad de Inglaterra, despues de tantos preparativos, como se habian aparejado, verificóse á la callada y de incógnito. Sin embargo, el cardenal de Inglaterra no dejaba punto de reposo al cardenal de Roma é iba con frecuencia y con imperio á la cabecera de su lecho, demandándole pronta resolucion en el intrincado litigio. Entre tanto, las fiestas preparatorias de la nueva boda comenzaban á dibujarse con todos sus arreboles en la corte y á presentirse con todos sus goces por los cortesanos. La Reina, sin embargo, sentia, vista la reserva del cardenal legado, asomos de esperanza. Secreta conversacion, habida con el embajador de España, Mendoza, industrióla en las resistencias de Campeggio. En los muchos desengaños sufridos encontraba la infeliz Catalina fundamento para desconfiar de todo el mundo, aun de aquellos que vestian púrpura y ceñian tiaras. Multitud de obispos favorables á la legitimidad de su matrimonio declaráronle concubinato, cohechados por el oro y constreñidos por el miedo. Sin embargo, en este general desencanto, tenia Catalina un refugio, la claridad de su conciencia y el inexpugnable seguro de su fortaleza.

A pesar de las enfermedades crónicas de Campeggio, aceleróse todo lo posible su recepcion pública en palacio. Aguardóle con toda su corte así espiritual como temporal Enrique VIII, que tuvo á empeño el deslumbrarle. Largos discursos, dichos por altos personajes de la Cámara y de la Iglesia,

hablaron de la paz y concordia entre los príncipes cristianos, sin aludir, ni directa ni indirectamente, al escandaloso divorcio. Campeggio salió de tan solemne acto confortadísimo y creyendo en la prudencia y flexibilidad de los poderosos. Mas sus ilusiones duraron poco, porque seguidamente personóse el monarca mismo en su vivienda, y le presentó la cuestion con todas las argucias de un canonista y con todas las amplificaciones de un abogado. Teología y filosofía, derecho público y privado, leyes y cánones, erudicion bíblica y erudicion profana, todo lo agotó, todo lo concerniente á su tesis en bien preparado discurso, tan admirable por la copia de sus ideas como por la profundidad de sus intenciones. El cardenal, despues de semejante entrevista, pudo escribir á Roma que si el Papa no se conformaba con las pretensiones del Rey, resultaria de todo aquel embrollo un tremendo cisma. En tal apuro vínole á las mientes la idea de proponer á la Reina la toma del velo y la profesion monástica, medio único, segun su sentir en aquel momento, de vencer todas las dificultades y de conjurar todos los peligros. Encontró Campeggio la inquietud en el Rey, la serenidad en la Reina; en aquel, multitud de conomicimientos acopiados con ánimo de acallar la conciencia; y en esta, la ingenuidad de los afectos tiernos y la sencillez de los corazones honrados. Al intrincadísimo lenguaje de Enrique sucedia la franqueza de Catalina, y á la doblez la verdad entera; si en algun momento su débil complexion de mujer la sumergia en un mar de lágrimas y en otro momento su dignidad ofendida y su amor lacerado la arrastraban hasta caer en la dureza, mantenía siempre una dignidad sin orgullo, un valor sin jactancia, una conviccion de su derecho sin exageraciones que le valian el culto de sus amigos y el reconocimiento de una superioridad indecible sobre su régio esposo hasta de parte de sus mas implacables enemigos: que tanto puede la majestad en la desgracia. Inútilmente Wolsey se arrojó á sus plantas para pedirle que cediera de grado á las instancias de Campeggio, el cual, citando los nombres de varias reinas monjas, la incitaba con tenacidad á entrar en un convento. Firme, serena, inaccesible al temor, incontrastable á ruegos é instancias, sostenía por la memoria de sus padres los Reyes Católicos, por el honor de su sobrino Carlos V, por la salud y la suerte de su hija María llamada seguramente á reinar en Inglaterra, por la honra de todo su sexo y el lustre de toda su estirpe, que

nadie en el mundo la obligaria jamás á reconocer como concubinato y como incesto su legítimo y santo matrimonio. Tanta entereza, expresada con tanto acierto, admiró y descorazonó á Campeggio. Al salir de allí, sus dolores habituales se recrudecieron, sus angustias interiores se exacerbaron, temiendo ver en lo porvenir su nombre indisolublemente unido al cisma de Inglaterra.

Cárlos V ponía, entre tanto, sus cinco sentidos en defensa de la triste y augusta hermana de su madre. Parece imposible, cuando se leen sus correspondencias con Mendoza, que Emperador de tanto imperio pudiese descender á minuciosidades de todo género, las cuales apenas cabrian ni en asuntos domésticos ni en cartas particulares. Bien lo necesitaba la pobre reina Catalina. Las potestades del cielo y de la tierra se conjuraban á una contra su amor y contra su honra. El Rey su esposo la acusaba de querer quitarle trono y vida. Los interrogatorios mas horribles la perseguian á todas horas y en todas partes. Los propios valedores, á quienes fiara su defensa, la vendian y la entregaban á sus enemigos. Ofrecíase á los ojos del juez enviado por la Ciudad Eterna el cebo de las riquezas mundanales y de las riquezas eclesiásticas. El mismo breve de dispensa, con que Julio II le dió autorizacion para su casamiento, fué objeto de las asechanzas de sus enemigos disfrazados de defensores. Como solamente presentara una copia, constriñéronla con arterísimos consejos á que pidiese el original para inutilizarlo. Gracias que existiendo este documento en los archivos de Castilla, cayeron en la cuenta el Emperador y sus ministros de la conjuracion que se tramaba y del avieso intento que escondia el reclamarlo. El dolor y la tristeza de aquella mujer trascendieron al pueblo que la rodeó de legendaria aureola. Un dia, que se mostrara en público, siguiéronla por doquier los vítores de las muchedumbres con tanto entusiasmo que el Rey, herido de envidia, llamó á los regidores de Lóndres y les mostró la sombra del verdugo.

Entre tanto las relaciones con Ana Bolena tenían varias alternativas. Cuando el Rey deseaba mostrar que no podia sacudir su pasion, acercábala con escándalo á su palacio y hacia gala de estrechar con ella íntimas relaciones. Cuando atribuía su empeño en el divorcio á escrúpulos de conciencia, mostrábase rendido con su esposa y despegado con su amante. En tales crisis, decia, que si hubiera de escoger por propio albedrío compañera de su vida, aun